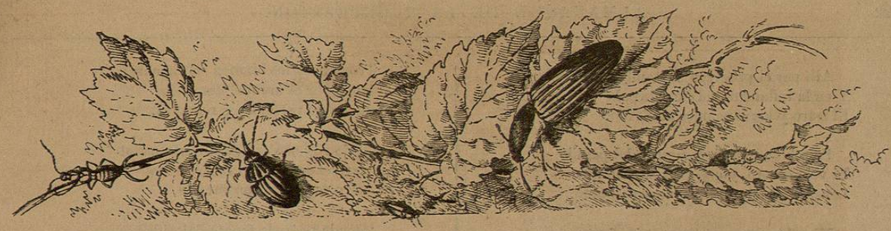
1807.—Cuadro de Meissonier.



EPÍSTOLA

AL AUTOR DE «LA MUSA ABANDONADA»

¡Salud, cantor de fuego! tu poesía
Ha reanimado la luciente llama
Que, ya triste, en mi mente se extinguía,

Y despliega el brillante panorama
Del tiempo de la luz y de las rosas,
Cuyo recuerdo el corazón me inflama.

Horas risueñas, noches deliciosas
Consagradas al arte y la locura,
¡Ay, cuanto más distantes más hermosas!

¿No recuerdas la plácida lectura
De Hugo, de Heine, Bécquer y Espronceda,
Suspendida al pasar una hermosura

Cuya falda gentil de encaje y seda
Resonaba tan dulce en nuestro oído
Como el murmullo de la brisa leda?

Deslumbradora edad, tiempo querido
En que eran más espléndidas la flores,
Más claro el cielo, el sol más encendido,

Y en que abrasado el corazón de amores,
Lleno estaba de alegre melodía
Como un nido de arpados ruiseñores.

¿Te acuerdas.....? Nuestra ardiente fantasía
Por regiones serenas y estrelladas
Sus alas poderosas extendía,

Y nuestro labio, en rimas inspiradas,
Cantaba el arte, la beldad suprema,
La patria y libertad inmaculadas.

Nuestra vida era entonces un poema
De soberbias estrofas centellantes
Y de glorioso y levantado lema;

Mas ¡ay! las ilusiones delirantes,
La fe, la pasión viva, los albores
De aquellos verdes años rutilantes,

Huyeron con sus iris y colores
Para no volver más..... Y en nuestros pechos
Entraron como espadas los dolores.

Aflojáronse entonces los estrechos
Vínculos con que el arte nos unía,
Y en polvo miserable vi deshechos

Los palacios que alzó mi fantasía,
Que al recio choque de la horrible pena
Perdió su pompa, brillo y lozanía.

Y mi musa calló. Y entré en la arena
Parlamentaria, de entusiasmo henchido,
Y de noble ambición el alma llena.

Allí por el progreso he combatido,
Y en la inflamada lid he relegado
El estro y las canciones al olvido.

Pero hoy, que tú descorres del pasado
El velo de oro, y que tu voz vibrante
Lanza á los vientos himno arrebatado,

Mi noble musa yérguese triunfante,
Y canta al recordar los áureos días
De su dichosa juventud radiante.

Mas ¡ay! que en sus cadencias y armonías
Late el clamor, el lúgubre y sonoro
Clamor de las solemnes elegías.

Ya no ostenta la púrpura y el oro
Mi musa como ayer; negros cendales
Viste, y derrama ensangrentado lloro,

Ante los pavorosos funerales
De lo bello, lo grande, lo elevado,
De todos los sublimes ideales.....
. . . . . .

El paraíso de cristal, soñado,
A la firme y potente sacudida
De la ciencia, se ha roto y desplomado.

Y hoy, como débil nave combatida
Por fiera tempestad, la raza humana
Cruza incierta los mares de la vida.

¿Qué fué de aquella juventud lozana
Que llevaba en el pecho el heroísmo,
Y en la mente el fulgor de la mañana?

Presa del insaciable escepticismo,
Cambió la fe gigante en osadía,
Y el entusiasmo férvido en cinismo.

En las almas ha muerto la alegría;
De su trono cayó la augusta diosa
De la inmortal, excelsa poesía.

Hasta la ingenua risa generosa,
Que cantaba el satírico valiente (1),
La risa placentera y bulliciosa,

Fresca como el raudal de oculta fuente,
La risa juvenil, dulce y perlada,
Se ha vuelto impura, trágica y doliente.

Cruje en los aires formidable espada
Anunciando la guerra; sus terrores
Extiende por doquier la noche helada.

(1) Augusto Barbier.

Trocáronse los himnos en clamores,
Y vuela por el mundo, desatado
Huracán de perfidias y rencores.

¡Todo ruinoso está, todo infamado!
La verdad en el suelo escarnecida,
El ara rota, el arte profanado.

¿Dónde posar la frente dolorida?
¿En qué corriente plácida y serena
Beber la inspiración y hallar la vida?

¿Qué onda reverberante, aun la más llena
De frescura, de luz y de rumores,
Traidora, no corrompe y envenena?

¿Quién canta entre rugidos y furores?
¿Cómo volar, cuando en el aire estalla
La tempestad con todos sus horrores?

¿Comprendes ya, comprendes por qué calla
Tu pobre amigo? ¿Quién le escucharía
En medio del fragor de la batalla?

No canto, pero adoro la poesía
Como en mis tiernos voladores años;
Con ciego amor, con loca idolatría:

Que ni angustias ni fieros desengaños
Pueden matar pasión tan acendrada,
Vencedora de males y de daños.

La adoro, sí, lo mismo cuando airada
Por defender la libertad querida
Convierte el plectro en vengadora espada,

Que cuando clama, en cólera encendida,
Al mirar con espanto, horror y pena
A la patria ultrajada y abatida.

La adoro, sí, no sólo cuando truena
Como la nube lóbrega y rugiente,
De sombras, rayos y furores llena,

Sino cuando contempla sonriente,
Su cuerpo virginal de nieve y rosa
En la linfa de un lago transparente.

Siempre la encuentro espléndida y grandiosa:
Arrebatando al pueblo en la tribuna;
Vertiendo llanto al borde de la fosa;

Cantando, en noche de argentada luna,
Un canto melancólico de amores,
Al pie de la feliz reja moruna;

Maldiciendo á tiranos y traidores,
Ó en brazos del deleite adormecida
En blando lecho de olorosas flores;

Ya de celeste resplandor vestida,
Ya con negros crespones enlutada
O la armadura bélica ceñida;

Lo mismo en el taller que en la enramada:
En la vivienda humilde y venturosa
Como en la altiva catedral sagrada;

En la bóveda ingente y luminosa
Como en el ancho mar: la poesía
Siempre es grande, magnífica y hermosa.

Pero hoy do la prefiere el alma mía
Es en el patrio hogar, caliente nido
Bañado de fulgores y armonía;

En el hogar seguro y escondido,
Severo templo de virtud, distante
De toda pompa y mundanal ruído;

Adonde hoy llego triste y anhelante,
En busca del reposo y la dulzura
Para el enfermo corazón amante.
. . . . . .
Sólo aquí la existencia es noble y pura;
Aquí alienta la virgen poesía
Rica de juventud y de ternura.

¡Aquí, amigo del alma, la sombría
Noche que cubre el mundo desparece
Al divino esplendor del claro día
Que en la faz de mis hijos resplandece!

MANUEL REINA.

Julio de 1890.

ODALISCA